

acudió por su parte desde la Iliria á defender una porcion tan considerable de sus Estados, y en poco tiempo se vieron las dos márgenes del Helesponto cubiertas de numerosas tropas de los dos rivales. Mas cuando todos temian los desastres de una guerra que parecia iba á ser muy cruel, de repente y contra todas las apariencias se compuso de modo que se desvanecieron todos los temores. Maximino usó tambien de algun miramiento con los cristianos, fundándose al parecer en el postrer edicto de Galerio, y aunque no lo hizo publicar con solemnidad, mandó por lo menos á sus ministros cesasen de incomodar y perseguir á los adoradores de un solo Dios. En virtud de esta orden, las cárceles quedaron vacías de cristianos y tambien las minas en todo el Oriente, y por do quiera se les encontraba á tropas que volvian á sus casas, entonando himnos y cánticos sagrados: á muchos de ellos se les veía un ojo reventado y quemada la juntura de un pie; pero ellos iban bendiciendo al Señor con la mayor alegría, llevando en su propio cuerpo señales evidentes de su constante fé.

Sin embargo, Maximino no tardó mucho tiempo en volver á manifestar el odio y natural aversion que profesaba á la verdadera Religion; y no falta quien cree que, no penetrando sus ministros todo el espíritu de sus órdenes, cumplieron con mas exactitud de la que él queria aquellas que favorecian á los cristianos, dadas tan solo por respetos humanos. Empero dejando á un lado su inconsecuencia ó su politica, empezó prohibiendo con frívolos pretextos las asambleas de los fieles, y para dar mas colorido á sus contradicciones, procuró por bajo cuerda que las ciudades mas principales le enviasen diputados pidiendo la destruccion de las iglesias, y aun el destierro de los cristianos. Esparciéronse varios libelos llenos de horribles blasfemias contra Jesucris-

to y su Evangelio, revistiéndolos de formas las mas auténticas en la apariencia y las mejores para darles crédito; y despues se repartieron entre los niños de las escuelas para que los aprendiesen de memoria. Luego que de este modo se hubo infamado á los cristianos, se anunció en los papeles públicos que el gobierno no podia menos de libertar de una gente tan detestable al Estado, á lo menos á las ciudades que lo pedian mostrándose adictas á la antigua religion del imperio. A mas del destierro impuesto á los fieles, se les condenó nuevamente á ser mutilados; de modo que el tirano, aunque no les quitaba la vida, les privaba, ó de una mano, ó de un pie, ó de la nariz, ó de los ojos, para sumergirlos en la pobreza y en todas las demas miserias que la acompañan; esto no obstante, tambien sentenció á muerte á otros muchos.

Uno de los mas famosos martirios de entonces es el de Santa Catalina. Refiérese que el emperador se habia enamorado perdidamente de esta virgen distinguida, á quien se tenia en Alejandria por la principal de su sexo, ya por su cuna, ya por sus riquezas, hermosura y talentos; pero que viendo que eran vanas todas sus solicitudes, convirtió su amor en un despecho furioso y sanguinario. Mas lo positivo respecto á Santa Catalina y á Santa Dorotea, á las que muchos autores confunden, es que tenían virtudes y talentos distinguidos y que padecieron el martirio.

En la ciudad de Antinoo, en Egipto, se condenó á las llamas á un santo monge llamado Apolonio, el cual se libró de su voracidad por un milagro manifiesto, tanto que el mismo juez y la mayor parte de los espectadores se convirtieron entonces, y todos ellos fueron llevados ante el prefecto de la provincia, el cual los mandó tirar al mar.

Por el mismo tiempo murió por la fé, que habia defendido toda su vida, San Pe-

dro, obispo de Alejandria. Sin el menor pretesto ni causa le hizo aprisionar Maximino cuando menos se esperaba, y al instante mandó le cortasen la cabeza. Aunque la vida de este irreprochable pastor habia sido siempre piadosa y ejemplar en todo el tiempo de su episcopado, subió de punto su celo y santa actividad por la Iglesia al renovarse la persecucion.

Este santo obispo escribió varias obras muy estimadas, tanto por la profundidad y delicadeza de los pensamientos, como por su tierna piedad; pero solo ha llegado á nosotros una Epistola canónica, acerca de las penitencias de los cristianos que habian caído en apostasia, las cuales debian ser mas ó menos largas conforme á las circunstancias del acto que las motivaba. En esta carta se vitupera fuertemente á los que se entregaban á sí mismos, y se ve que la falta de los que caian, despues de haberse así entregado, era castigada con mucha mayor severidad que la de los demas apóstatas. Vemos tambien por esta carta que ya en aquel tiempo, y según una costumbre mucho mas antigua, se observaba el ayuno del miércoles y viernes, este en reverencia de la Pasion de Cristo, y el otro á causa de la conjuracion de los judíos contra el Hombre-Dios; y que en memoria de su Resurreccion se pasaban los domingos en una santa alegría, y no se hincaba la rodilla.

Por el mismo tiempo y en la misma provincia consiguieron la palma del martirio, con un gran número de fieles, Teodoro, Esiquio y Pacomio, obispos de diversas iglesias. Mas despues de la muerte del santo obispo de la capital, vióse tan violentamente agitada su iglesia que estuvo sin pastor un año entero.

Entonces San Antonio, despues de mas de veinte años de soledad en la que toda su ambicion habia sido estar olvidado de los hombres, salió de su desierto para em-

plearse en la defensa de la fé; y aunque ya hacia mucho tiempo que le pedian no dejarse así sepultadas bajo el celemin las luces que el Señor le concedia, fué preciso usar de violencia y casi derribarle la puerta de su tosca habitacion para obligarle á admitir las numerosas tropas de ardientes discípulos que venian á tomar sus lecciones. Al fin, contra su voluntad, salió de su amado retiro para ir á fundar en las desiertas riberas del Nilo aquel admirable pueblo de solitarios, que no conoció otro idioma que el de los sagrados cánticos, ni otra ley que la perfeccion del Evangelio. Empero así que supo el peligro en que estaba la Iglesia, no dudó un momento en engolfarse de nuevo en el tumulto del mundo. Veíase de continuo visitando á los confesores en las cárceles de Alejandria, en las minas y donde quiera que estuviesen encerrados; los animaba cuando los conducian á los tribunales, y los acompañaba haciéndose lugar por entre los guardas y el populacho hasta el sitio señalado para el suplicio. Pero por mas que desease el martirio, nunca quiso entregarse por sí mismo á la rabia de los tiranos: á pesar de esto no creyó deber sujetarse entonces á la orden que vedaba á los solitarios comparecer en los tribunales y concurrencias públicas, ni habitar las ciudades, y se presentó un dia al primer magistrado cuando atravesaba una calle con todo su séquito; mas nadie osó poner las manos en un hombre tan venerable y tan estimado del pueblo. Teníale reservado Dios para la institucion perfecta de otra clase de mártires; y efectivamente, así que vió apagado el fuego de la persecucion volvió de nuevo á la compañía de aquellas víctimas voluntarias de la mortificacion cristiana.

Padeció el martirio en Nicomedia San Luciano, natural de Samosata, y sacerdote de la iglesia de Antioquia; y aunque parecia que estaban ya apuradas todas las in-

venciones de la crueldad, los ministros de Maximino hallaron todavía un suplicio enteramente nuevo para atormentar á aquel ilustre confesor, el cual con una entereza indecible hizo en público una apología elocuente del cristianismo ante el gobernador de la provincia; porque no solo era profundo y eminente en la ciencia de la salvación, sino también se había adquirido renombre con su elocuencia y erudición encomiadas por los hombres más grandes de su tiempo. Hicieronle sufrir los rigores del hambre por muchos días después del primer interrogatorio, y en seguida le pusieron delante una mesa llena de mil ricas viandas que se habían ofrecido á los ídolos, á las que rehusó constantemente alargar la mano. Sufrió luego segundo interrogatorio, y tan crueles tormentos, que murió en ellos confesando á Jesucristo hasta el postrer aliento. Durante algún tiempo se había mirado como algo sospechosa la doctrina de este santo sacerdote; pero sin duda fué, ó porque no se entendió bien, ó tan solo porque defendió con demasiado ardor el partido de Pablo de Samosata su compatriota y obispo, cuyos sentimientos no había profundizado. Mas sea como fuese, murió en la comunión de la Iglesia, como lo demuestra la Epístola que desde su cárcel escribió á la iglesia de Antioquia, en la que se leen estas palabras: «os saluda toda la compañía de mártires.» Lo cual prueba también que hubo muchos fieles que padecieron el martirio con él. Al pasar por Capadocia poco antes de morir, vió á cuarenta soldados apóstatas de la verdadera fé, y les inspiró con sus razonamientos tal horror al delito de que eran reos, que muchos de ellos lograron la gloriosa palma del martirio, y los demás padecieron todos los tormentos de la cuestura con admirable constancia. San Luciano dejó una edición de la Sagrada Escritura, en la que se veía corregida la versión de los Se-

tenta por los mejores ejemplares. Esta edición es diferente de la de Egipto, hecha por Esiquio, y de la de Palestina por el mártir Pámfilo, sacerdote de Cesarea, que había padecido con un gran número de cristianos en la misma provincia en el año séptimo de la persecución.

Arnobio, orador pagano, que después se convirtió, publicó en tiempo de San Luciano una obra en defensa de la fé que acababa de abrazar, á consecuencia de habersele pedido un testimonio de su vocación, antes de administrarle el bautismo. Mas esta obra de Arnobio, á más de ser poco exacta, está llena de espresiones que la hacían tal vez más favorable á la herejía que provechosa á la Iglesia contra los paganos. En el estilo se echa de ver la patria del autor; pues en todo él se advierte la dureza africana, una dición áspera, desigual y alguna que otra vez poco latina. Arnobio combate en general el paganismo, que tan á fondo conocía por haberle profesado tanto tiempo, con razones más convincentes que las que pone para establecer el dogma contrario, asemejándose en esto, aunque en otro género, á los escritores recién convertidos.

Por el mismo tiempo, ó al menos en el imperio de los últimos perseguidores, Hierocles, que era su ministro en el gobierno de Egipto, combatió no solo con sus artificiosos escritos, sino también con sus tropelías y violencias, la verdad y pureza de la doctrina cristiana; teniendo la osadía de llamar *Filaletes*, que quiere decir amigos de la verdad, á los dos libros que publicó con aquel mal intento. Pero sus tareas más bien fueron de utilidad que de perjuicio á la Religión, porque dan á la posteridad un testimonio irrefragable de la antigua creencia de los cristianos acerca de la divinidad de su fundador. Hierocles en esta obra se esfuerza en querer presentar contradicciones en

los libros de la Escritura Sagrada y en encumbrar los pretendidos milagros de Apolonio de Tiana sobre los del Salvador, diciendo á continuación: «de todas maneras nosotros no creemos que sea un Dios el que ha hecho tan grandes cosas, sino que le tenemos por un hombre favorecido de los dioses, al paso que los cristianos afirman que Jesús es Dios, solo por algunos milagros que haya hecho.» Así daba Hierocles un testimonio de la antiquísima fé de los siervos de Jesucristo acerca de la adorable persona de este Hombre-Dios; y al mismo tiempo de la certeza de los milagros hechos por él, que por más que se esforzaba en rebajarlos, nunca osó negarlos.

El filósofo Porfirio, natural de Batanea, cerca de Tiro, combatió el cristianismo con tanto mayor encono, cuanto que, según se cree de él con más fundamento que de Hierocles, era un apóstata. El historiador Sócrates dice terminantemente que el sábio platónico de Batanea siguió la Religión cristiana, pero que la abandonó por de haber sido maltratado en Palestina por unos cristianos de Cesarea. Era muy vasta la erudición de Porfirio aun por lo tocante á los libros sagrados que tenía leídos con particular atención; siendo por otra parte elocuente por naturaleza y habiendo recibido lecciones de los maestros más célebres de su tiempo. Mas de todos estos talentos hizo el uso más artificioso en los quince libros que dió á luz contra el cristianismo, en los que si bien combatió la creencia popular que de todas las calamidades públicas hacía responsables á nuestros padres, nada deja por decir á los más sutiles adversarios de la verdadera Religión. Imitando á Hierocles se dedicó especialmente á buscar contradicciones en la Escritura Sagrada; mas encontró las profecías de Daniel tan exactas y conformes á los acaecimientos, que no osó

cambiar el sentido que las dieron nuestros intérpretes, y para eludir unos oráculos tan luminosos, no le quedó más recurso que negar su autenticidad y antigüedad contra el terminante testimonio de la sinagoga, y por consiguiente contra todas las reglas de la buena crítica. Por esto, cuando Teodoreto compara á Porfirio con el falso profeta Balaam, dice que el Señor había vuelto contra la lengua de este malhadado sábio él mismo.

Impugnó San Metodio los escritos de Porfirio; pero la obra en que lo hizo este Santo, que murió mártir en el reinado de Diocleciano, no existe ya, y se han perdido también las de otros muchos apologistas de la Religión y la del mismo Porfirio. Permitted el Señor que su Iglesia fuese combatida de todas maneras, antes de concederle el feliz momento en que iba á alcanzar una completa victoria sobre todos sus adversarios.

La política había sido el único móvil que indujo á Majencio á mostrarse favorable por algún tiempo al cristianismo: mas así que se consideró seguro con la destrucción de Alejandro, que de Lugar-Teniente del prefecto de Pretorio había osado titularse emperador en Africa, se quitó la mascarilla y manifestó á los ojos de todos el carácter de un digno hijo de Maximiano. Hízose odioso á los romanos, especialmente por sus esacciones y crueldades; en nada tenía un asesinato cuando se trataba de adquirir una posesión que no podía haber por otro medio; y no tienen número las personas de la primera gerarquía que mandó matar con tales fines. Tenía siempre en las guardias pretoriales un número considerable de malvados dispuestos para estas ejecuciones, y muchas veces les mandó acometer sin distinción á todos los que encontrasen; de modo que el pueblo romano se vió tratado dentro de sus mismos muros, y por los defensores naturales de la

patria, con mayor crueldad que por sus mas bárbaros enemigos. No causaba menos sobresalto é indignacion en Roma la incontinencia del tirano; pues parecia que en sus mas infames desórdenes tenia un singular placer en triunfar de la virtud y en deshonorar la nobleza, mandando robar las mugeres mas principales á sus maridos, y volviéndolas llenas de oprobio despues de haber hecho con ellas las mayores infamias. Pero las doncellas y damas cristianas se resistieron debidamente á todas sus sollicitudes, señalándose entre ellas la esposa del prefecto ó gobernador de la ciudad: tuvo esta matrona la desgracia de agrandar al tirano por su singular belleza, y habiéndola enviado á pedir á su marido, no puso este impedimento en ello. Pero ella, viéndose vendida de tal modo, y dictándole su Religion sentimientos mucho mas nobles que los que la inspiraba su cuna, pidió tiempo como para adornarse y se metió en su gabinete; allí consultó con humildad al Supremo Señor de la vida y de la muerte, del que se cree recibió una particular inspiracion, y ansiando dar un ejemplo que á los ojos de los mismos paganos igualase por lo menos al de Lucrecia, sacrificó á un tiempo su cuerpo y su corazon, y para conservarlos puros se atravesó valerosamente el pecho con un puñal.

A todos estos desórdenes reunia Majencio los de la mas detestable magia; no sólo sacrificaba leones, leopardos y otras victimas tan propias de su religion monstruosa, sino que hacia tambien las evocaciones mas horribles, sacrificando á los demonios mugeres en cinta, registrando sus entrañas todavia calientes, y buscando sus sangrientos presagios hasta en los corazoncitos de las criaturas que sacaba del vientre de sus madres.

Sabiendo el emperador Constantino algunos de estos horrores, ansiaba librar de

tan cruel plaga á la ciudad de Roma que habia depositado en él su confianza; empero á mas de que las fuerzas de Majencio eran muy superiores á las suyas, no queria ser el primero en romper la paz. De este apuro le sacó Majencio declarándole abiertamente la guerra, pues la insolencia y desfachatez de este monstruo rayaban en el último extremo. Habiendo subyugado el Africa, creyó que las Galias se resistirian débilmente, y aun para aumentar su poder formó alianza con Maximino. Constantino por su parte hizo otra con Licinio, prometiéndole por esposa á su hermana Constantia. Demoliéronse al punto en Roma sus estatuas é imágenes, erigidas segun costumbre cuando se le reconoció por emperador, y se adoptaron todas las disposiciones para abrumarle. Asi él tuvo por mejor suplir la falta de fuerzas con la actividad y diligencia, juzgando que el modo mas oportuno de librarse de la tempestad era anticiparse á ella.

Despues de poner en orden Constantino todos los asuntos en sus provincias, tomó el camino de Italia al frente de un corto, pero excelente ejército, que tenia siempre en pie apenas se componia de veinticuatro mil hombres, entre romanos y auxiliares, número harto inferior al de su enemigo; y aun prescindiendo de la diferencia en el valor y destreza de los gefes y soldados, se necesitaba ademas un esfuerzo sobrehumano para combatir con éxito.

Conoció Constantino la necesidad que tenia de poner de su parte al cielo; y como su padre Constancio Cloro fué siempre cristiano en el fondo, y aun públicamente, segun refiere Eusebio de una manera bien esplicita y harto poco conocida (1), habia heredado de este príncipe su afecto á la Re-

(1) Euseb. in vit. Constant. M. cap. 17.

ligion cristiana, y mas viendo el reciente y ejemplar castigo que sufrieron sus perseguidores Galerio y Maximiano. Arrodillóse pues ante el Dios adorado por su padre, y pidióle humilde y eficazmente le diese luz para conocerle como se la dió á su padre: era recto el corazon de aquel príncipe, y sus peticiones muy humildes para no ser oidas. Por otra parte habia llegado el tiempo de aniquilar del todo y con la mayor publicidad la antigua preocupacion que escluia del reino de Jesucristo á los Césares; pero al escoger el divino Hacedor al menos poderoso de los emperadores para instrumento de los triunfos de su Iglesia, quiso tambien patentizar el milagroso efecto de su proteccion.

Era poco despues de medio dia cuando caminando Constantino al frente de su ejército, vió en el medio del cielo una resplandeciente Cruz, en la que se leian estas palabras en caracteres no menos brillantes: *Con esta señal vencerás*. Todo el ejército vió lo mismo que Constantino aquel fenómeno extraordinario, y cada cual discurria acerca de su significacion; pero el príncipe, á quien causó mayor sensacion, pasó todo el dia discurriendo sobre lo que vaticinaba aquel milagro. Apareciósele Jesucristo aquella misma noche con una señal igual, y le mandó hacer un estandarte como aquella cruz, y que lo llevase á todas las batallas como un antemural contra los ataques de sus contrarios. Constantino se levantó muy de mañana, hizo llamar á los mejores artifices y les dibujó aquel estandarte, el que tuvo el nombre de *Lábaro*, ignorándose la etimología de esta palabra del todo desconocida á los latinos. Este estandarte era una hasta ó palo largo dorado, al que atravesaba en forma de cruz otro parecido, del cual pendia una rica tela ó velo entretegido de oro y piedras preciosas; al remate de la cruz habia una corona tambien de oro y pedreria que tenia en el medio las dos primeras letras

griegas que forman el nombre de Cristo, enlazadas una con otra; y sobre el velo se veian los retratos del emperador y de sus hijos. Elijió Constantino entre su guardias cincuenta hombres de los de mas valor y Religion para que llevasen alternativamente el *Lábaro*. Este prodigio es uno de los mas auténticos, y solo podrán dudar de él los escépticos voluntarios que dudan de todo lo que hace honor al cristianismo. Eusebio, cuya historia ha sido la primera en trasmittirnos la memoria de este suceso, se espresa asi: «Si nos lo hubiese referido otro testigo que el emperador, podríamos dudarle; pero confirmando él mismo con juramento su narracion, ¿quién osará ponerlo en duda, especialmente cuando el tiempo y los acontecimientos nos han patentizado su verdad? Asi se esplicaba Eusebio, cuando todavia vivian muchas personas que dice fueron testigos oculares de aquel portento, y que á ser falso podian haberle desmentido: á mas de que este testimonio de tanta autoridad se halla confirmado tambien por una multitud de escritores y monumentos de todas clases.

Despues de este milagro, Constantino resolvió eficazmente hacerse cristiano. Al efecto mandó llamar á muchos obispos que le instruyesen en los misterios de la fe, y se cree que se valió principalmente de Osio, obispo de Córdoba; al menos esta es la mejor interpretacion que puede darse á lo que dice un autor de aquel tiempo; esto es, que un egipcio venido de España fué causa de que el emperador abandonase la idolatria. Dedicóse el príncipe por otra parte á la lectura de los libros santos, consultando con los ministros de la Iglesia las dudas que se le ofrecian, y luego que conoció la verdad puso el mayor cuidado en venerar y hacer venerar al Dios Todopoderoso que se dignaba mostrarsele con tanta bondad.

Una tan visible proteccion del cielo dió el mayor valor al general y á sus tropas,